

JUAN MAURA Y GELABERT

CARTA PASTORAL

3 de diciembre de 1905



Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011



Transcripción y revisión ortográfica de Miguel Andúgar Miñarro.

Agradecimientos: Don José Manuel Ángel Muñoz.

Edición realizada a partir de: Maura y Gelabert, Juan. *Carta pastoral del Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Juan Maura y Gelabert, Obispo de Orihuela. 4ª sobre la Democracia cristiana.* Orihuela: Imp. De Cornelio Payá, 1905.



NOS, DR. D. JUAN MAURA Y GELABERT,

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Obispo de Orihuela. Etc., etc.

A NUESTROS DIOCESANOS.

Amados Hijos:

En la última Pastoral os indicábamos el asunto de la presente, que no es otro sino probaros que el *anarquismo* pugna con la sana razón, se opone a las más legítimas e imperiosas necesidades de nuestra naturaleza, y niega y destruye los principios fundamentales de toda sociedad, siendo, en consecuencia, incompatible con la verdadera *democracia*. Vamos a entrar en materia sin más preámbulos.

I.

Así como el socialismo fue una reacción y una protesta contra el individualismo racionalista; así también, el *anarquismo* es una reacción y una protesta contra el socialismo ateo y autoritario.

En efecto, A. H., la organización socialista, para acabar con el individualismo, subordina de tal suerte el individuo a la colectividad, que los intereses comunes prevalecen sobre los particulares, la iniciativa individual, falta de ambiente, se asfixia, y la libertad, sujeta con innumerables trabas, muévase con dificultad dentro de un círculo muy reducido, como os probamos en la Pastoral anterior. ¿Qué extraño, pues, que se levantasen protestas contra una teoría social que, a pretexto del bien común y de una igualdad imaginaria, quiere convertirnos a todos en siervos del Estado?

Desgraciadamente hubo muchos que, lejos de retroceder hacia las ideas cristianas en las que se encuentran la verdadera *libertad*, la verdadera *igualdad* y la única y verdadera *democracia*, se dieron a buscar por caminos opuestos la realización de tan hermosos ideales, viniendo a parar al *anarquismo*, considerado, y no sin razón,



como lógica consecuencia de las premisas socialistas. Porque claro está que, si se odia al Cristianismo, y si se condena *a priori* todo lo que de él procede o con él se relaciona; y si, por otro lado, el socialismo y el individualismo anticristianos son la muerte de la libertad y la democracia, lo racional, lo lógico es preconizar con los anarquistas la absoluta autonomía del individuo en todos los órdenes de la vida humana y en todas las esferas de su actividad; lo lógico, lo natural es acogerse al lema *sin Dios, sin ley y sin amo*.

Aun las ideas erróneas, A. H., tienen tal encadenamiento, que rarísimas veces dejan de presentarse fuertemente trabadas y prevalecer en el terreno de los hechos. El individualismo racionalista negó a Dios, o le relegó a las inaccesibles regiones de lo desconocido e incognoscible, lo cual vale tanto como negarle; pero con gran falta de lógica, dejó en pie la *autoridad* y la *ley*. El socialismo negó a Dios en absoluto, declarándose francamente ateo; y con no menos falta de lógica, dejó subsistir también en el fondo de su soñadora organización social, la *autoridad* y la *ley*, más o menos atenuadas en apariencia. Se presentó después el anarquismo, y exclamó, con mucha más lógica que sus precursores: si no hay *Dios*, ¿por qué ha de haber *autoridad* que me mande? ¿Por qué ha de haber una *ley* que encadene mi libertad, haciéndome esclavo, cuando he nacido libre?

Pero las consecuencias que se deducen de premisas erróneas, por más que se deduzcan lógicamente, son erróneas también. El anarquismo ha llegado a la peregrina conclusión de que el hombre es absolutamente libre, de que puede y debe vivir *sin Dios, sin ley y sin amo*; y sobre este fundamento pretende cimentar la organización de las sociedades humanas.

El error es tan claro, A. H., que no se concibe como pueda tener partidarios entre personas que discurran medianamente, ni aun entre aquellos que, desconocedores de la realidad, viven de buena fe en un mundo de utopías y ensueños.

La emancipación individual *en todo y para todo*, cual la fantasean y defienden los libertarios, pugna con la esencia y naturaleza del hombre, no ha existido nunca ni existirá jamás, porque no puede existir lo que es absurdo y contradictorio.

El hombre es esencialmente social, porque no en los primeros momentos de su existencia, ni en los diversos estados de su futuro desarrollo, puede prescindir del concurso, la cooperación y el auxilio de sus semejantes, so pena de condenarse a la atrofia de las facultades mentales, al embrutecimiento y a la muerte prematura.



Esto es de sentido común, y bien lo sabe el anarquismo, tanto que uno de sus dogmas fundamentales es la *solidaridad humana*. Por eso no niega que el hombre haya de vivir en sociedad, y aunar sus fuerzas, y organizar su trabajo para hacer frente a todas las necesidades de la vida; pero quiere que los miembros de esa sociedad estén unidos tan solo con los vínculos de la afición, la simpatía, la utilidad común y las conveniencias particulares, apreciado todo ello y regulado exclusivamente por el libre juicio y el libérrimo querer individual, sin que nadie tenga derecho a rectificar ese juicio ni a contrariar esa voluntad. La *autoridad*; sean cualesquiera su denominación, su forma y su origen, se suprime en absoluto;¹ la *ley*, sean los que fueren su fundamento y sus fines, es proscrita como atentatoria a la libertad e incompatible con la autonomía del individuo, supremo ideal de los libertarios.

En suma: pretenden esos reformadores destruir el orden social existente, para reconstruir las sociedades sobre una base tan amplia de libertad, de independencia y autonomía, que cada individuo sea señor y dueño absoluto de sí mismo, sin más trabas ni cortapisas, sin más ley ni más amo que su propia voluntad.

Basta y sobra, A. H., el sentido común para dar cuenta de tamaños dislates, a pesar de que los intelectuales de la secta hayan pretendido legitimarlos con el aparatoso título de *filosofía del anarquismo*. ¿Filosofía dicen? ¿Qué filosofía puede haber en una serie de afirmaciones gratuitas que están en pugna con los principios más elementales de la razón y con todos los datos de la observación y la experiencia? Querer que el hombre viva en sociedad, que mantenga con sus semejantes relaciones tan íntimas y tan perfectamente equilibradas, que conviertan la humanidad en una sola y dilatadísima familia que crezca y se multiplique, próspera y feliz, en el seno de la abundancia, la paz y la fraternidad universal; y pretender realizar estos dorados sueños de la fantasía, dejando la voluntad de cada individuo abandonada totalmente a su libérrimo querer, sin que nunca ni con pretexto alguno, sea permitido sujetarle a ninguna norma, a ninguna ley, a ninguna autoridad, a ningún principio de dirección y de orden; ¡ah! Esto es, A. H., el colmo de la candidez o el refinamiento de la mala fe o, sencillamente, el último grado de la obcecación sectaria.

Mas, sea de ello lo que fuere, la verdad es que los anarquistas aseguran con tono de profunda convicción que el hombre sin *Dios*, sin *ley* y sin *amo*, libre de estos

¹ KROPOTKINE afirma que la autoridad es *esencialmente* (!) mala.



obstáculos tradicionales, de estas funestas preocupaciones que le corrompen, le desmoralizan y envilecen, progresará rápidamente, subiendo a tanta altura de perfección, que la tierra se transformará en ameno y delicioso Edén. Mas, para que llegue a ser una realidad tanta belleza, «son necesarios, en sentir de un conspicuo anarquista, dos o tres siglos de relaciones y cruzamientos para que las razas, que no tenemos derecho a asesinar,² se fundan sin peligro en la única raza humana.»

Cuando esto ocurra, «libre, pacificada y unida la humanidad proseguirá su marcha hacia el progreso sin límites, como para justificar esta noble frase de un filósofo: *Los hombres descienden de animales, y deben convertirse en Dioses.*»³

Otro escritor de la secta añade: «Quedando el desarrollo progresivo de la humanidad libre de los obstáculos que hasta hoy le han puesto trabas, la evolución de las ideas y de los individuos ya no presentaría sino una lucha pacífica en que cada uno rivalizaría en celo para producir mejor que los otros, y nos conduciría de este modo al fin último: la felicidad del individuo en medio del bienestar general.»⁴

Cuando triunfe el anarquismo, reinará en toda la redondez de la tierra la paz, la prosperidad y la abundancia; y los que alcancen aquellas felicísimas edades, vivirán en el mejor de los mundos conocidos y posibles, sin enemigos, sin luchas, sin disentimientos, sin contrariedades en lo presente y sin inquietudes para lo porvenir. Porque, y dejamos de hablar a otro apóstol del anarquismo, «cesando de producir para compradores desconocidos, y buscando en su mismo seno necesidades y gustos que satisfacer, la sociedad asegurará ampliamente la vida y el bienestar a cada uno de sus individuos, al mismo tiempo que la satisfacción moral que da el trabajo libremente elegido y libremente realizado, y el goce de poder vivir sin hacerlo a expensas de la vida de otros. Inspirados en nueva audacia, sostenida por el sentimiento de la solidaridad, caminarán todos juntos a la conquista de los elevados placeres de la sabiduría y de la creación artística.

Una sociedad así inspirada, no tendrá que temer disentimientos interiores ni enemigos exteriores. A las coaliciones del pasado contrapondrá su amor al nuevo orden,

² Podrán no tener este *derecho* los libertarios; pero desgraciadamente lo practican con lamentable frecuencia.

³ C. MALATO, *Filosofía del anarquismo*, cap. XIII.

⁴ J. GRAVE. *La sociedad futura*, tom. 2, cap. XXVI.



la iniciativa audaz de cada uno y de todos, llegando a ser hercúlea la fuerza en el despertar del genio.»⁵

Tales son, A. H., las aspiraciones y las esperanzas del anarquismo. Veamos si son realizables.

II.

Escaso es y de poca substancia el fondo doctrinal de la teoría libertaria. Puede resumirse en pocas líneas. El hombre, dicen, no nace bueno ni malo, sino pura y sencillamente *perfectible*; pero con un género de perfectibilidad que no puede desenvolverse sino a la sombra y al amparo de una autonomía tan amplia e ilimitada, que no consiente autoridad ni ley ni injerencias extrañas a la voluntad individual.

Partiendo de este principio, para los anarquistas todo es llano y fácil. Colocad al hombre en un medio social depurado de la corrupción y los vicios que corroen a las sociedades autoritarias; haced que respire el purísimo y sano ambiente de las agrupaciones anarquistas, y veréis cómo su cerebro no engendra ninguna idea malsana, ni brota de su corazón ningún instinto perverso, ninguna pasión degradante, ni un deseo siquiera que pueda poner en peligro la armonía social. Porque el hombre originariamente no lleva en su seno los gérmenes del vicio; le vienen de fuera; se los inocula la sociedad autoritaria, corrompida y corruptora; y, en cambio, nace dotado de una perfectibilidad sin límites conocidos, que se desarrollaría maravillosamente a la luz y al calor de las ideas anarquistas, si lográsemos verlas realizadas.

Esta teoría, A. H., tiene el grave inconveniente de ser contraria a todos los datos de la experiencia y a todas las inducciones de la razón.

Y, efectivamente, es un hecho innegable que la humana naturaleza adolece de un vicio de origen que la inclina al mal. Claro está que semejante inclinación no hace al hombre esencialmente malo, pues ni violenta el libre albedrío ni debilita las restantes potencias del alma hasta el punto de despojarlas de su nativo vigor y de su aptitud nativa para conocer el bien y practicarlo. Lo que hace es encender y mantener siempre

⁵⁵ KROPOTKINE, *La conquista del pan.*, cap. último.



viva y despierta en lo más íntimo de nuestro ser, la lucha entre el vicio y la virtud, entre el deber y la pasión, entre la carne y el espíritu.

Pero, ese trastorno que en nosotros experimentamos, ¿es un vicio congénito y hereditario, o se contrae con el transcurso del tiempo? ¿Nace con nosotros, o es efecto del roce con nuestros semejantes en el seno de una sociedad organizada contra todas las leyes naturales, según afirman los libertarios?

Mas, ¿dónde y cómo habremos de estudiar al hombre para conocer lo que es en sí mismo independientemente de la sociedad en que nace, vive y se desarrolla? Prescindir de la sociedad para averiguar lo que sería el hombre sin ninguna relación con sus semejantes, es absolutamente imposible, porque sin la sociedad es absolutamente imposible el hombre. Fantasear a nuestro antojo, cual lo hacen los anarquistas, una sociedad diferente de cuantas existen y han existido, esforzándose por amoldar la naturaleza a ideas preconcebidas, no pasa de ser un juego de la fantasía.

Cierto que la influencia del medio social es enorme, incalculable. Ella puede engrandecer al hombre o envilecerle, levantarle a la mayor altura o rebajarle al ínfimo nivel, convertir su corazón en un templo en donde se rinda culto a todas las virtudes o en un antro en donde aniden todos los vicios; puede producir ángeles o demonios. Pero, ángel o demonio, el hombre formado en una sociedad cualquiera, conservará indelebles los principales rasgos de su fisonomía moral, y podrán casi siempre descubrirse, en el fondo de su corazón, las huellas de una lucha, más o menos porfiada y duradera, que algún día se entabló entre el bien y el mal, entre aspiraciones nobles y generosas e instintos perversos y degradados. Habrá prevalecido el bien sobre el mal o el mal sobre el bien; pero, de todos modos, habrá precedido la lucha; porque el hombre independientemente del medio social, nace con inclinaciones opuestas, con tendencias contrarias, que ora le impelen hacia la virtud, ora le hacen caer del lado de la pasión. Estas tendencias e inclinaciones están más o menos pronunciadas, son más o menos intensas y revisten muy variadas formas, según la diversidad de caracteres de los individuos; pero siempre existe entre ellas oposición, antagonismo y lucha.

El ambiente social puede fomentar esta lucha, puede hacerla más sañuda, más feroz y encarnizada, y hasta decidir el triunfo de uno de los contendientes; pero el origen de ella, su causa formal, no está en la sociedad; está en nosotros mismos, en nuestra propia naturaleza e íntimo modo de ser.



En efecto, el hombre, sean cualesquiera las circunstancias en que se le suponga colocado, tiene deberes que cumplir, los cuales propiamente no se los impone la sociedad, sino su propia condición de ser inteligente y libre. Y tanto es así, que aun en la hipótesis de que viviese completamente aislado de sus semejantes, no estaría exento de ciertos deberes para consigo mismo.

Ahora bien; la naturaleza humana, no porque la sociedad la haya maleado, como equivocadamente suponen los anarquistas, sino porque de suyo nunca está del todo bien avenida con lo que es freno y cortapisa de su libertad, siente repugnancia al cumplimiento del deber, cuando éste, como con frecuencia ocurre, se opone al interés particular, al egoísmo y otra pasión cualquiera; y de ahí nacen naturalmente los conflictos entre la libertad y el deber,

Organizad las sociedades como mejor os plazca, dadles la constitución y forma con que sueñan los anarquistas, u otra cualquiera: como con esto no cambiaréis la naturaleza del hombre, no lograréis jamás evitar estos conflictos. Antes, por el contrario, la constitución social libertaria los agravaría notablemente; porque sin *Dios*, sin *ley* y sin *amo*, quedarían rotos todos los diques, y las pasiones se desbordarían imponentes y avasalladoras.

Juzgad de ello, A. H., por las propias afirmaciones de los doctores del anarquismo.

III.

Quieren éstos que la libertad individual sea amplísima, ilimitada, omnímoda. Cada individuo, sin que nadie pueda irle a la mano, entenderá su bienestar y su felicidad, como le plazca entenderla, según sus aficiones y aptitudes, y la buscará por los medios que él juzgue más apropiados y conducentes; la sociedad le dejará el campo completamente libre. Oíd las palabras textuales de uno de esos apóstoles de la buena nueva. «Queremos que todos sean dichosos... dejando a cada individuo el cuidado y la libertad de crearse su porción de ventura, *según su propia manera de comprenderla*, y según su grado de desarrollo.

A quienes les dé por atiborrarse de vituallas o por saborear finos manjares, por emborracharse con aguardiente o por catar vinos generosos, *déjeseles libres para*



cultivar sus aficiones y aptitudes. No pedimos que la sociedad esté obligada a proveerles del objeto de sus goces, sino que sus facultades tengan libre campo para conquistar lo que ha de constituir su dicha.»⁶

Para el anarquismo la *autonomía individual* es intangible e inviolable; es arca santa a la que no pueden extender su mano impura la autoridad ni la ley, sin cometer horrible sacrilegio. Solo el individuo, y nadie más que él, absolutamente nadie, tiene derecho a juzgar de lo que es capaz, de lo que necesita o le conviene, y nadie puede impedir que lo ejecute. «No, exclama con indignación el autor antes citado; no, el individuo no debe aceptar restricciones a su desarrollo, no debe sufrir el yugo de ninguna autoridad, *sea cual fuere el pretexto en que se apoya.* Solo él está en circunstancias para juzgar qué necesita, de qué es capaz, y qué puede serle nocivo.»⁷

Calcúlese ahora si serían flojos y de poca monta los conflictos que esta soñada *autonomía* habría de suscitar en las agrupaciones libertarias. Supongamos, por un momento, establecido y consolidado el régimen anarquista. En esta suposición, o no existirá para nadie *deber* alguno, y en tal caso viviremos en pleno salvajismo, o, si alguno existe, será muy escasa su influencia en la conducta privada del individuo y en sus relaciones sociales. Porque, ¿quién ha de juzgar de este deber, o exigir su cumplimiento? Si la voluntad individual es libérrima e intangible, si cada uno de nosotros ha de decidir, sin que nadie tenga derecho a intervenir en este juicio, de lo que *conviene* o *se debe* hacer; si, en fin, el libre querer individual es la única regla de conducta, ¿cómo evitaréis que la voluntad prevalezca y se sobreponga al deber, si, como frecuentemente ocurre, el deber y la voluntad están en pugna y se hacen inconciliables?

Es que, replican los anarquistas, el hombre del porvenir no será comparable al de los tiempos presentes: el sano ambiente de la sociedad libertaria le transformará poco a poco, le infundirá paulatinamente sentimientos, costumbres y hábitos muy diversos, de los que le inspira y hace contraer la sociedad actual; la lucha de intereses no existirá ni será posible siquiera, porque habrán desaparecido las causas que la producen; y las pasiones, depuradas y ennoblecidas, lejos de ser, como ahora, generadoras de conflictos sociales, serán fuente inexhausta de progreso, de prosperidad y de paz universal. «Afirmamos, dicen, y demostramos que la sociedad actual, con su organización antagónica de los intereses, engendra ella misma las divisiones que la destrozan, y es la

⁶ J. GRAVE., *obr. cit.*, tom. 1, pg. 183.

⁷ *Ibid.*, pág. 211.



que impele a los individuos a dañarse mutuamente... Pues bien; si la organización social es la causa generatriz de los crímenes, éstos deben desaparecer, cuando aquella se destruya.»⁸ Y deben desaparecer, porque «el individuo de mañana no será de ningún modo comparable al de hoy; en primer término, habrá progresado ya lo suficiente para llegar a comprender nuestro ideal, y habrá sabido crearse un medio que le permita ensayarlo; en segundo término, habiendo cambiado la organización social, esto debe producir un cambio en las costumbres. La influencia de los medios es una ley natural que en todo deja sentir sus efectos.»⁹

Al oír tan rotundas afirmaciones acerca del porvenir de las sociedades libertarias, creería cualquiera que sus fundadores poseen algún secreto de arte mágica en cuya virtud, y al solo conjuro de su palabra, pueden hacer brotar del corazón del hombre todo linaje de virtudes sociales que permitirían realizar pacíficamente el ideal anarquista.

Pues bien; el secreto se reduce, ya lo hemos visto, a suprimir de un golpe toda autoridad, toda ley divina y humana, y todo lo que puede coartar o restringir de algún modo la autonomía individual; a que la voluntad, en fin, sea tan libre y señora de sí misma, que no obedezca sino a sus inclinaciones y deseos.

Mas, lo primero que ocurre preguntar, es en qué se fundan los libertarios para suponer que sus teorías tienen tanta virtud y eficacia, que producirían por sí solas un cambio radical en la naturaleza del hombre. En la experiencia no será ciertamente; porque ni las sociedades actuales nos suministran prueba alguna de que el hombre pueda ser substancialmente diverso de lo que es, no la sociedad imaginada por los anarquistas ha sido, por fortuna, ensayada todavía, ni en mucho tiempo podrá serlo, según explícita confesión de sus mismos defensores, pues, al decir de algunos de ellos «la anarquía no triunfará aún, desgraciadamente, en la próxima revolución, ni podrá triunfar, *porque aún no habrá tenido tiempo para penetrar en el corazón de las masas.*»¹⁰ No pueden, pues, los anarquistas apoyar sus asertos en los datos de la experiencia. Tampoco pueden apoyarlos en las inducciones de la razón.

Efectivamente, la voluntad humana, en fuerza de su misma voluntad, es defectible, y necesita una norma o regla de obrar, si no ha de hacerlo porque sí, a tontas

⁸ J. GRAVE, *obr. cit., tom. 1, cap. 22.*

⁹ *Id., ibid., tom. 2, cap. 4.*

¹⁰ C. MALATO, *obr. cit., cap. 1.*



y a locas. Y no se diga que para eso están en el hombre las luces de la razón que sirven de guía a la voluntad; porque también la razón vive sujeta a leyes fijas e invariables, y si no se somete a ellas, si no se dirige por ellas, ya no es razón; es sencillamente extravío, aberración y locura.

Añádase a todo esto, A. H., que los anarquistas se proponen abolir, no sólo la autoridad social y la ley humana, sino también la religión y la moral, la patria, la propiedad, la familia, el matrimonio, todo lo que puede inspirar pensamientos levantados y sentimientos nobles, y estimular nuestra actividad a la práctica de acciones desinteresadas y virtuosas, todos los ideales, en fin, que pueden redimir al hombre, regenerarle y dignificarle, haciéndole superior a sus debilidades y miserias. Oídes: «Es preciso, dicen, que termine esta fábula de la humanidad dominada y encadenada por principios eternos, inmutables: patria, religión, propiedad, familia y matrimonio.»¹¹

«Cuanto simboliza el misticismo, debe ser destruido: el altar, ante el cual pierde el hombre su individualidad y prescinde de su ser;... y la cruz, emblema de las degradantes virtudes cristianas: la humildad y la resignación.»¹²

Pero, y ese altar y esa cruz y esas nobilísimas virtudes cristianas, de las cuales quiere hacer tabla rasa el anarquismo, ¿con qué van a ser sustituidas en las sociedades libertarias? Ya lo habéis visto, A. H.; con la autonomía absoluta, con el libérrimo querer individual sin más fin ni propósito, sin más norte ni guía en sus aspiraciones, que el acrecentamiento del bienestar material entendido como plazca a cada uno entenderlo.

Para las pasiones no existirá otro freno que la utilidad individual combinada con la utilidad colectiva, o sea, el egoísmo y el altruismo concertados y equilibrados ingeniosamente para producir la armonía social libertaria.

Mas, ¿quién no ve que el principio de la utilidad individual y colectiva, lejos de concertar y armonizar el juego de las pasiones, serviría tan solo para irritarlas y producir entre ellas violentos choques? La utilidad es una cosa relativa, y la entiende cada cual a su manera; y en una sociedad como la anarquista, en la que todos tendrían el *derecho natural* de pensar y obrar libremente, por fuerza habría de ocurrir que la utilidad del uno estuviese en pugna con la utilidad del otro, haciéndose entre sí compatibles. Y como en esa sociedad no habría autoridad ni ley ni otros principios morales de equidad y justicia, ni otros móviles ni estímulos, que la utilidad misma interpretada y apreciada por el libre

¹¹ *Id., ibid.*

¹² *Íbid., cap. X.*



criterio individual, ¿quién habría de dirimir estas contiendas y poner término a estos conflictos? ¿Ni cómo habrían de calmarse las pasiones, vivamente excitadas en cada individuo, ora por el apetito del propio bienestar, ora por la convicción de que la razón estaba de su parte?

Estos conflictos, replican los anarquistas, se resolverán por sí solos, porque el amor a la *Humanidad* estará muy desarrollado en la sociedad futura, y obrará verdaderos prodigios de *fraternidad universal* que fundirá en uno todos los corazones, después de haber fundido en una todas las razas.

A juzgar por los hechos, nadie diría, A. H., que los anarquistas sean modelo de amor a la *Humanidad*, ni que sus aspiraciones vayan encaminadas a hacer de todos los hombres una *gran familia de hermanos*; sus palabras y sus obras no revelan sino un odio feroz y salvaje, sede de sangre y exterminio, que no se aplaca ni aun con el sacrificio de tantas víctimas inocentes como producen sus repetidos y horribles atentados. ¡Cualquiera va a convencerse de que esos hombres, desde el punto y hora en que se les permite campar por su respeto, vivir sin más *Dios* ni más *ley* ni *amo*, que su libre albedrío, trocarían sus actuales odios y rencores en amor fraternal y en sentimientos de humanitaria ternura!

Ya hemos probado más arriba, A. H., que el hombre, cualesquiera que sean las circunstancias en que se le suponga colocado, experimentará una lucha constante entre la pasión y el deber, entre lo que sus apetitos reclaman y lo que la conciencia exige. Y una de dos: o suprimís el deber y la conciencia, y entonces el hombre es un bruto animal a quien hay que sujetar y meter en razón por medio de la fuerza también bruta, y la decantada autonomía es un sueño de febricitante; o reconocéis los fueros de la conciencia y el deber, y, en este caso, ha de existir sobre nosotros e independientemente de nosotros una *ley moral*, eterna, fija, invariable que trace al libre albedrío humano una línea de conducta, y le obligue *moralmente* a seguirla; y entonces la autonomía individual ilimitada y dueña absoluta de sí misma es un absurdo y una paradoja; y no menos absurda y paradójica la sociedad que en semejante autonomía pretenden fundamentar los libertarios.



IV.

Pero hay más todavía, A. H.: el anarquismo no solo da al traste con la religión, la patria, la propiedad, la familia; no solo quiere proscribir de la sociedad futura las virtudes cristianas sustituyéndolas con el utilitarismo individual humanitario; sino que niega rotundamente el libre albedrío. Oigamos una vez más al autor de la *filosofía del anarquismo*: «Los espiritualistas, dice, pierden el tiempo predicando la independencia del alma y el libre albedrío...

Como se ha dicho con gran acierto, la creencia en el libre albedrío no es más que la ignorancia de las causas primeras que nos hacen obrar.

Un hombre encuentra en un lugar aislado a un niño indefenso; se arroja sobre él y le mata. No considerando más que la atrocidad del hecho, doce jurados, padres de familia, envían al hombre al patíbulo o a presidio.

Está admitido que el tigre mata por razón de su estructura fisiológica que le condena a comer carne en vez de vegetales, y de la estructura de su cerebro deprimido en la faz y abultado en las sienas y el occipucio.

Se admite que el tiburón, armado de formidables mandíbulas y dotado de un robusto estómago, tenga diferentes instintos de los del inofensivo delfín.

¡Y esta fatalidad admitida por los animales, se niega al hombre!

No hay medio: el azar o la fatalidad; es decir, el encadenamiento lógico de las cosas.»¹³

Acabáis de oírlo, A. H., según los anarquistas, entre el hombre y el bruto, en cuanto a libertad y responsabilidad, no hay diferencia alguna. El hombre que se goza, derramando la sangre de una víctima inocente, ni es más libre ni más culpable ni merece más castigo, que el tigre que despedaza y devora la codiciosa presa. Uno y otro obedecen al impulso fatal de causas naturales que se desarrollan con necesidad irresistible, no pudiendo de ningún modo dejar de producirse sus efectos.

Comprenderéis fácilmente, A. H., que una sociedad a la cual se aplicasen con todo el rigor de la lógica las consecuencias que entraña semejante teoría, no constituiría

¹³ Pág. 85 y 86.



una agrupación de hombres, sino una manada de fieras indomables, cuyo estado normal sería una perpetua y encarnizada lucha por la existencia.

En efecto, si no existe el libre albedrío, tampoco existe para nosotros el *orden moral*; y ni hay virtud ni vicio, ni derecho ni deber, ni justicia ni injusticia, ni culpabilidad ni mérito; no hay más que inclinaciones naturales e irresistibles, apetitos que nacen forzosamente de nuestra constitución fisiológica, y que no podemos moderar ni reprimir ni darles diferente dirección de la que llevan. Todos nuestros actos internos, sean del orden que fueren, juntamente con las acciones que los manifiestan al exterior, están predeterminados por una serie fatal de causas sobre las que no tenemos nosotros poder alguno.

Siendo esto así, lo lógico será que cada individuo dé rienda suelta a todos sus apetitos, que viva según sus nativas inclinaciones, es decir, según las leyes naturales de su estructura orgánica y fisiológica, y que ciegamente las obedezca, puesto que estas leyes, de todos modos, se han de cumplir irremisiblemente.

Nada importa que de ahí se originen en la sociedad luchas interminables, choques violentos, trastornos y perturbaciones gravísimas, porque, al fin y al cabo, no sucederá sino lo que por necesidad ha de suceder, lo que está invariablemente predeterminado por causas cuyo influjo no podemos nosotros contrarrestar.

Verdad es que los anarquistas se proponen mejorar notablemente, con la nueva organización social, la condición del individuo, haciendo desaparecer las causas que le malean y pervierten. Pero este propósito de los libertarios pugna con la teoría negadora del libre albedrío; porque si estos modernos redentores de la humanidad están incluidos en la ley común, y, como los demás mortales, también ellos carecen de libre albedrío, resulta evidentemente que no están en su mano las saludables reformas sociales que proyectan; puesto que ellos también obran fatalmente, movidos por causas predeterminantes, necesarias e incontrastables; no hacen más ni menos de lo que estas causas les *obligan* a hacer. Huelgan del todo los proyectos, los planes e iniciativas de reforma social, porque ni se les ocurrirán otras ideas ni deseos ni iniciativas, sino las que estas causas necesarias y determinantes les *obliguen* a concebir y realizar. Y si pueden resistir a ellas, si pueden hacerlas cambiar de dirección, abriéndoles nuevos cauces, y llevándolas a servir al progreso social; entonces existe el libre albedrío que ellos niegan, puesto que pueden ellos eludir y burlar el influjo de aquellas causas a las que nos suponen a los demás necesariamente sometidos.



En resumen: las doctrinas anarquistas no tienen apoyo alguno en la naturaleza humana ni en la sana razón; por eso el sentido común las rechaza obligándolas a refugiarse en cerebros exaltados por la fiebre del fanatismo sectario, o en inteligencias frías y calculadoras que todo saben convertirlo en propia substancia.

Aquí terminamos, A. H., enviándoos nuestra pastoral bendición, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela el 3 de Diciembre
(1ª Dominica de Adviento) de 1905.

Juan, *Obispo de Orihuela.*

Por mandado de S. S. I. y Rvma., el Obispo mi señor,

Dr. Manuel Bañón,
Canónigo, Srio.